



Las ruinas de un experimento llamado Caguán

Por: Estefanía Reyes Caldas



Universidad del Rosario - Escuela de Ciencias Humanas - Periodismo y Opinión Pública
Trabajo de grado de **Estefanía Reyes Caldas**. Tutor: **José Navia**.
Coordinadora: Sandra Ruiz. Decana: Stéphanie Lavaux. Fotografía: Estefanía Reyes C. Diseño
y diagramación: Daniella Riaño S. 2012.

San Vicente del Caguán, un municipio del Caquetá, en el sur de Colombia, fue el epicentro del último intento del Gobierno y las Farc por hallar una salida política al conflicto armado que vive Colombia desde hace más de 40 años.

Esos diálogos, que comenzaron el 14 de octubre de 1998, terminaron la noche del 21 de febrero de 2002, cuando el entonces presidente Andrés Pastrana Arango, dio por terminada la zona de distensión y le ordenó al Ejército recuperar los cinco municipios que habían sido despejados para llevar a cabo las conversaciones.

Desde entonces, San Vicente del Caguán prácticamente desapareció de los periódicos y noticieros. Los habitantes de esta población continuaron sus vidas cargando con las consecuencias de dichas conversaciones, los periodistas regresaron a sus sedes y casi nadie se volvió a acordar de estas personas que vivieron en su calles y veredas, durante esos años, el tira y afloje entre Gobierno y guerrilla.

Ahora que Gobierno y guerrilla se encuentran sentados de nuevo en la mesa, en la Habana, Cuba, San Vicente y sus habitantes son un recuerdo aún más lejano. Por esa razón, esta crónica reconstruye, en parte, lo que vivieron los sanvicentinos durante aquella época y la noche en que finalizaron los diálogos.

La crónica es el producto de un trabajo documental, pero esencialmente, de la observación, los diálogos y las entrevistas realizadas en San Vicente del Caguán, durante los quince días en que la autora de este escrito compartió con los habitantes de ese municipio del Caquetá.



Las ruinas de un experimento llamado Caguán

Por: Estefanía Reyes Caldas

En el cementerio de San Vicente del Caguán no cabe una tumba más. Es una pequeña montaña llena de lápidas en donde ya no crece el pasto.

El camposanto se encuentra ubicado en las afueras del pueblo, cerca de un barrio de invasión llamado Ciudad Bolívar. Hasta ese lugar se llega por una calle destapada, de tierra naranja. En moto, la subida y lo agreste de la vía hacen que duelan los riñones y la espalda se resienta.

Desde la reja principal se ven las lápidas. Algunas sobresalen por ser verticales y otras, menos visibles, forman un tapete de cemento y granito que solo deja ver dos o tres pastos que tímidamente separan las losas de las tumbas.

“Yo me las arreglo para enterrar a los muertos. Cuando no caben toca ingeniárselas para acomodarlos diagonalmente y hacerles un campito”, comenta Javier Rojas, el sepulturero del pueblo desde hace más de una década. Es un hombre de 67 años, delgado, con la piel arrugada y manchada por el paso de los años y los estragos del sol.

El último cadáver que sepultó Javier Rojas fue el de Doris Adriana Mora, una niña de 11 años. Murió ocho días antes de mi llegada a este pueblo del Caquetá, en medio del fuego cruzado entre el Ejército y guerrilleros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Farc. Las balas sorprendieron a la pequeña Doris Adriana a las seis de la tarde, cuando caminaba hacia su casa.

Logró llegar con vida al hospital, pero luego de una hora y media falleció por la gravedad de sus heridas. Tres militares y cinco guerrilleros también perdieron la vida ese día.

“La situación es complicada, la guerrilla sigue atacando a la población civil y en el conflicto la gente que no tiene nada que ver siempre es la que paga. Nosotros tratamos de hacerles frente a los ataques, pero aunque los sanvicentunos somos gente ‘verraca’ estos atropellos nos duelen”, comenta Dorian Peralta, alcalde encargado de San Vicente del Caguán.

Los principales ataques de la guerrilla son cometidos por la columna móvil Teófilo Forero de las Farc, que desde

su formación, en 1993, realiza ataques periódicos a los puentes y torres eléctricas de la región. Esta columna es considerada como la fuerza 'élite' de la guerrilla y es acusada de cometer numerosos crímenes, entre los que se encuentran la bomba del Club El Nogal en Bogotá, el asesinato del congresista Diego Turbay Cote y el secuestro de los diputados del Valle, entre muchos otros.

Desde la llegada de la guerrilla al Caquetá, en 1965, San Vicente del Caguán, un municipio de 62.000 habitantes, solo vivió tres años y cuatro meses de tregua, que corresponden al tiempo en que ese pueblo fue epicentro (junto con los vecinos municipios de La Uribe, Mesetas, La Macarena y Vista Hermosa, ubicados en el departamento del Meta) de los fallidos diálogos de paz entre esa guerrilla y el Gobierno Nacional (en cabeza del entonces presidente Andrés Pastrana Arango), entre el 14 de octubre de 1998 y el 21 de febrero de 2002.

Después de terminados los diálogos, San Vicente quedó entre el fuego cruzado de la guerrilla y el Ejército, viviendo la guerra de una manera mucho más cruda que antes del despeje. Los ataques a los cuarteles militares ubicados dentro del pueblo se intensificaron, por lo que la tregua solo parece ser un recuerdo efímero de algo que nunca sucedió.

La muerte de la niña Doris Adriana Mora ocurrió el 7 de enero de 2011. La historia me la contó Ronald García, un sanvicentino de 33 años, hijo de Ómar García, alcalde del Caguán

durante la primera etapa de la 'zona de despeje', el mismo día de mi llegada a San Vicente.

Mi viaje a esta zona se encuentra motivado por el interés de conocer cómo los habitantes vivieron las fallidas negociaciones de paz. Además, descubrir la manera como se han adaptado a ser el epicentro de un capítulo fantasma de la historia colombiana.

Esta crónica pretende reconstruir la manera en que los habitantes de San Vicente del Caguán vivieron la 'zona de distensión', al igual que conocer cómo se encuentra el pueblo y cómo se desarrolla su cotidianidad más de una década después de finalizados los diálogos de paz. Para esto, conviví durante quince días con los sanvicentunos.

“Yo me las arreglo para enterrar a los muertos. Cuando no caben toca ingeniárselas para acomodarlos diagonalmente y hacerles un campito”

En opinión de los habitantes de San Vicente y de periodistas que participaron en el cubrimiento de los diálogos, la premura de la labor periodística durante las negociaciones de paz impidió que se lograra un seguimiento a esta región y a la vida cotidiana de las personas que allí conviven.

San Vicente del Caguán no solo fue el epicentro de la 'zona de despeje', sino que durante esos casi cuatro años también fue el foco de atención de todo el

país. Todos los diarios y medios de comunicación, nacionales e internacionales, retrataron a diario lo que ocurrió en el pueblo, pero una vez terminados los diálogos la atención desapareció y el Caguán quedó relegado a la memoria de unos cuantos que únicamente lo recuerdan como el lugar de un episodio fallido para conseguir la paz en Colombia.

Poco después de la balacera en la que cayó la niña Doris Adriana, en San Vicente del Caguán murieron de manera violenta otras veinte personas, entre el 16 de enero y el 31 de diciembre de 2011. Según el Instituto de Medicina Legal, la totalidad de los decesos fueron homicidios. Dieciséis de las víctimas fallecieron a causa de proyectiles de arma de fuego.

San Vicente del Caguán se alza como la cabecera municipal y económica de la región, ya que a través de este pueblo se maneja el comercio que surte de productos a los municipios aledaños, como son San Venancio, Puerto Rico, El Doncello y poblaciones intermedias. A este territorio, que basa su economía en la ganadería y el comercio, se puede llegar por tierra a través de dos carreteras principales: la primera llega de Neiva, Huila, y la segunda de Florencia. Ambas

están pavimentadas y tienen la anchura apta para ser utilizadas incluso por las tractomulas que transportan ganado.

Por agua, los lugareños viajan en lanchas por los ríos Yará y Caguán, que sirven para el transporte para mercancías. Por aire se llega a través de Satena (única aerolínea que viaja a la región en la actualidad).

Llegando en avión, el aeropuerto resulta casi imperceptible, perdido entre el espeso verde de la selva. El aeropuerto Eduardo Falla Solano, construido originalmente en 1975, es pequeño, posee una torre azul de control de no más de cuatro pisos de altura y una pista de aterrizaje que deja entrever el paso del tiempo en el asfalto. Las grietas que abren paso a la maleza hacen que el carreteo del Dornier 328 sea tocosco.

El trayecto desde el aeropuerto hasta la plaza principal es corto, a lo sumo son diez minutos en automóvil. A lado y lado de la carretera se observan cananguchales, planicies que se extienden hasta donde permite la vista y miles de cabezas de ganado que soportan con estoicismo el intenso calor húmedo que se percibe en las horas de la mañana.

El pueblo

El parque Los Fundadores constituye el eje central de San Vicente del Caguán. Alrededor de este se ubican las principales y más representativas construcciones del lugar, el vicariato, el banco, la Alcaldía municipal, el único



El aeropuerto Eduardo Falla Solano se encuentra permanentemente resguardado por el Ejército Nacional.

hospital, la biblioteca municipal y la Casa de la Cultura. Recibió su nombre en honor al fundador del caserío, Juan Vicente Quesada.

El monumento, que se encuentra ubicado en el centro del parque, personifica la ambigua identidad de la región, un hacha de metal clavada en el tronco de un árbol talado. “Esa obra fue realizada por un señor que vino del Quindío y se supone que es en memoria de los colonizadores caucheros, pero es curioso, porque en el Quindío también existe el mismo monumento, por lo que en realidad termina siendo una copia”, explica Dorian Peralta, secretario de Gobierno y quien fue alcalde encargado de esta población en 2011, mientras gradúa la temperatura del único aire acondicionado que hay en la Alcaldía.

La oficina pintada de color verde pasto contrasta con el rosa pálido de la fachada del edificio.

La Alcaldía se asemeja más a una construcción inconclusa que a un edificio gubernamental. La humedad y el sol han hecho mella en la pintura, que con frecuencia se desprende de los muros. Por dentro, el blanco es el color predominante. Esto hace que, junto con las luces halógenas y el piso de baldosa claro, parezca más un hospital.

Para ingresar al recinto se necesita autorización de la Policía, que, celosa, resguarda el lugar. Es inevitable sentirse nervioso al caminar hacia el edificio.

Primero se debe pasar por un lado de los sacos verdes de arena, tras los cuales los policías armados hacen una requisa y preguntan con hostilidad los motivos de la visita. No basta con identificarse como periodista, interrogan sobre la grabadora de voz, el celular y hasta los cigarrillos que llevo. Pasada esta prueba, y bajo el ojo vigilante de los uniformados, se

necesita repetir la misma historia al celador que se encuentra recostado contra la puerta principal, aunque claro está, él no muestra mayor interés y no pone mucho problema, se seca el sudor con un pañuelo, que deduzco era originalmente blanco, y permite el ingreso.

A primera vista parecería un pueblo común de Colombia, al menos de los que son conocidos turísticamente. Los árboles, las calles, las pintorescas casas y su gente lo hacen ver de esa manera, pero la estación de Policía, que se encuentra en uno de los costados del parque, hace cambiar de perspectiva. Tras una trinchera de sacos verdes de arena se ubican cerca de diez uniformados, que con un armamento digno de una película de Hollywood permanentemente apuntan a la población que transita frente a ellos.

Como una persona ajena a la realidad de la guerra, la expresión de mi cara denota la impresión que esto me causa, especialmente porque nadie en el pueblo lo concibe como un acto de agresión de la fuerza pública contra la población civil. Las personas siguen caminado, los niños se balancean en los columpios y las motos transitan con normalidad como amas y dueñas del transporte público y privado de la región. “Es normal, usted acaba de llegar aquí, no lleva más de tres días, pero a nosotros nos toca entenderlos. Siempre que ha habido un ataque de la guerrilla contra la estación de Policía han sido milicianos vestidos de civil. Los ‘tombos’ ya no confían en nadie”, me explica Ronald García.

Huele a tierra caliente. A ese calor húmedo que hace que la ropa se te pegue al cuerpo, a naturaleza y boñiga de ganado. “Está

calentando duro últimamente y como estamos en medio de montañas el calor se concentra”, comenta Ronald, mientras que una de las dos iguanas, huéspedes ilustres del parque central, parece darle la razón con la disminución de la velocidad en su caminar.

Aunque la imponencia del sol hace dudar, para ese momento ya son las seis de la tarde. El pueblo empieza a apagarse, los establecimientos empiezan a recoger sus cosas y la música de la calle en donde quedan todos los bares y discotecas aumenta al unísono, de tal manera que es imposible reconocer el ritmo que estos reproducen, ya que se mezcla el vallenato de la tienda de la esquina norte, la ranchera del bar del centro y el reggaetón de la discoteca de la esquina sur.



Detrás de unos gruesos sacos de arena se encuentra la estación de la Policía que ha sido blanco de múltiples ataques guerrilleros.

Una idea no tan buena

A las ocho de la noche el pueblo queda desierto, los únicos establecimientos abiertos son las tabernas, billares, un prostíbulo y la calle de las discotecas. Sin estar explícitamente establecido, en San Vicente hay ‘toque de queda’. Después de las ocho de la noche nadie transita por las calles; bueno, a veces uno que otro borracho desprevenido.

Trece años atrás, ocurrió un hecho que no solo cambió la historia de los sanvicentunos, sino en general la historia de los colombianos. En 1997, el entonces candidato a la Presidencia de la República Andrés Pastrana Arango hizo pública una foto en la que aparecía junto al que en ese momento era el mayor jefe guerrillero de las Farc, Manuel Marulanda Vélez, con lo cual dio una nueva luz al país sobre una posible negociación para lograr la desmovilización pacífica de este grupo guerrillero.

“Esa foto fue la que hizo que don Pastrana ganará esas elecciones. La gente creyó que él podía negociar con ‘Tirofijo’ y que por eso la paz ya estaba lograda”, comenta Ronald con cierta ironía.

Un año después, el 14 de octubre de 1998, el ya presidente Andrés Pastrana estableció la ‘zona de despeje’, comprendida por cinco municipios, La Uribe, Mesetas, La Macarena y Vista Hermosa, en el departamento del Meta, y San Vicente del Caguán, ubicado en el Caquetá, para llevar a cabo los diálogos de paz con la guerrilla de las Farc. El país entero puso sus esperanzas en esta nueva negociación que prometía el fin de una guerra de más de 30 años.

Las cosas cambiaron para los habitantes una vez el Gobierno estableció, por medio de la Resolución 85, que San Vicente del Caguán entraría en la ‘zona de despeje’ o ‘zona de distensión’ y que este municipio sería reconocido como la sede de las negociaciones.

“A nosotros nunca nos preguntaron si estábamos de acuerdo. Simplemente nos dijeron: de ahora en adelante no va a patrullar el Ejército sino la guerrilla, punto”, recuerda Olivia Tovar, entonces esposa del alcalde.

Las Farc no ingresaron inmediatamente al casco urbano. Primero exigieron la completa desmilitarización de la zona, con lo que se presentaron los primeros roces con el Gobierno.

Quizás uno de los episodios más recordados por la opinión pública nacional hace referencia a la salida de los militares del batallón Cazadores. Esta guarnición se encuentra en las afueras del pueblo, por un camino destapado de tierra naranja que lleva a Villa Nora, finca en donde el jefe guerrillero conocido como ‘el Mono Jojoy’ y su cúpula se establecieron durante el despeje.

“Primero hubo un pulso muy fuerte entre Pastrana y la guerrilla. El Gobierno no quería sacar a



Fotografía de archivo del 11 de abril de 2000 en la que se observa al líder histórico de la guerrilla de las FARC, “Manuel Marulanda Vélez”, conocido como “Tirofijo”, junto al abatido líder guerrillero Raúl Reyes durante una audiencia pública del proceso de paz con el gobierno del ex-presidente, Andrés Pastrana Arango. Crédito: EFE Archivo

“Una mañana nos despertamos muy temprano a cubrir algún evento y uno de mis colegas dijo: ‘¡Ya está aquí la guerrilla!’. Nos asomamos al balcón del hotel y efectivamente en la calle del comercio ya estaban prestando guardia guerrilleros uniformados y ya había retenes en varias partes del pueblo”

todos los militares por miedo a perder la legitimidad estatal, pero terminaron cediendo y casi toda la representación del Gobierno me quedó a mí en mi calidad de alcalde”, afirma Ómar García, quien ejerció como burgomaestre durante los dos primeros años del despeje.

Finalmente, el 23 de diciembre de 1998 salieron en helicópteros los últimos 92 soldados del batallón, que según argumentaba el Gobierno solo desempeñaban funciones administrativas en el lugar.

Quince días después, el 7 de enero de 1999, la guerrilla entró formalmente al pueblo e instauró una tarima en el parque Los Fundadores.

El periodista José Navia, quien formó parte del equipo de reporteros enviados a esa zona por el diario *El Tiempo*, recuerda que desde días antes al ingreso formal de los guerrilleros uniformados al pueblo se notaba la presencia

de los insurgentes, que se hacían pasar por civiles.

“Eran muy notorios porque andaban siempre en grupitos de tres y cuatro, nadie los conocía en el pueblo, la mayoría eran jóvenes y fornidos, y usaban el mismo tipo de ropa, camisas tipo leñador, *jeans* y botas, como si los hubieran comprado por docenas”, afirma Navia, quien también estuvo presente la mañana en que las Farc tomaron control absoluto de San Vicente del Caguán.

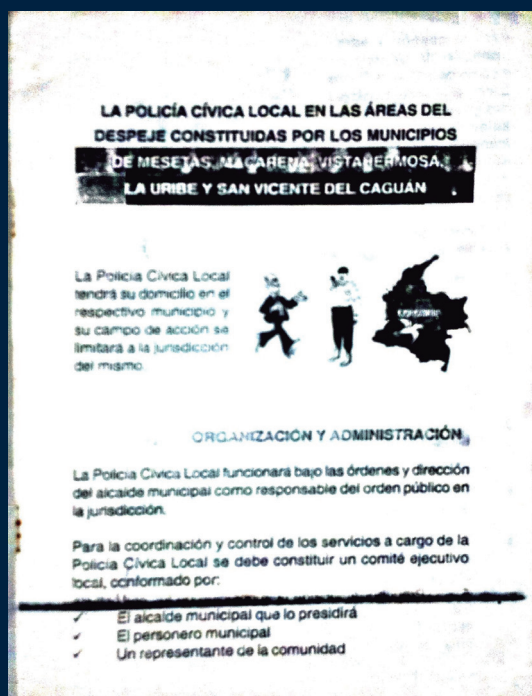
“Una mañana nos despertamos muy temprano a cubrir algún evento y uno de mis colegas dijo: ‘¡Ya está aquí la guerrilla!’. Nos asomamos al balcón del hotel y efectivamente en la calle del comercio ya estaban prestando guardia guerrilleros uniformados y ya había retenes en varias partes del pueblo”, añade.

Para los sanvicentunos la sorpresa fue mayor. “De la noche a la mañana vimos cómo la fuerza pública se fue y cómo los

guerrilleros entraron al pueblo. Claro, seguíamos teniendo el mismo alcalde (Ómar García), pero la incertidumbre fue grande. No nos quedó de otra que aceptar lo que pasaba, con la fe en que eso que se estaba viviendo ayudara a mejorar la situación del país”, comenta Olivia mientras le agrega panela al café que sostiene en las manos con la delicadeza de una ex primera dama.

Para ese momento, las “autoridades de las calles” habían cambiado. En un consenso entre la guerrilla y el Gobierno, se estableció que debía existir una Policía Cívica en las áreas del despeje.

“Pero claro, yo fui policía cívico. La idea era que la mitad de los policías los ponía la guerrilla y la otra mitad eran designados por la Alcaldía. El problema es que imagínese usted, ¿cómo vuelve usted ‘amigos’ a dos bandos que no tienen las mismas ideas? Eso era complicado, además porque en últimas quienes tenían la última



La Policía Cívica estaba compuesta en un 50% por guerrilleros y 50% por civiles.

palabra eran los de la guerrilla. El alcalde era un figurín, como para no decir que el Gobierno había perdido todo el poder por aquí”, dice Urdubey Tejada, un hombre moreno, de 45 años, cara bonachona y barriga prominente, que todos los días a eso de las siete de la noche va a la residencia de la señora Olivia (como él la llama) a tomarse un café.

La relación entre los guerrilleros y los lugareños fue en su mayor parte cordial. “Era casi lo mismo. Solo que uno ya no veía al Ejército sino a la guerrilla por las calles, pero era lo mismo. Unos con botas de cuero y los otros de caucho, al final la misma cosa”, añade Urdubey.

Pero las Farc no solo patrullaban. Establecieron dos “oficinas” en donde manejaban

todas las operaciones. La primera se encontraba ubicada en la Casa de la Cultura de San Vicente del Caguán, un edificio de un solo piso que queda al lado de la calle de las discotecas. La segunda la establecieron en la vía a la finca Villa Nora, donde aún se puede observar las ruinas que quedaron luego de terminados los diálogos.

La guerrilla tenía reglas estrictas de comportamiento para los lugareños, que de ser incumplidas generaban multas de altas sumas de dinero. El protocolo era sencillo, primero llegaba el denunciante a una de las oficinas e indicaba cuál había sido el agravio. Después un guerrillero le informaba a la persona acusada que debía dirigirse al establecimiento para “comparecer” por una queja en su contra. Una vez ahí, se le indicaba cuál era el motivo por el que

había sido acusado y la suma de dinero que debía cancelar para solucionar el *impasse*.

“Cuando a uno le decían ‘joiga, tiene que ir a la oficina!’ uno empezaba a temblar, porque sabía que eso era para problemas”, añade Urdubey.

Claro, ese dinero no iba a parar a las manos del agraviado. Se quedaba en poder de la guerrilla, pero según recuerdan los sanvicentunos era una manera de control que lograba el “buen comportamiento” en general de la población.

Entre risas, Ronald, hijo de Olivia, comenta: “Eso era muy chistoso. Hay tipos que terminaron pagando como cuatro millones de pesos por ‘cascarle’, borrachos, a la esposa. La multa por eso era como de 250.000 pesos, pero es que hay varios que no aprenden y lo hacían cada semana, pues entonces cada semana les tocaba pagar y hay ahí sí no había salida, o paga o se muere”.

Para varios habitantes las calles fueron más seguras cuando la guerrilla era la que patrullaba, ya que la conformación de pandillas, los asaltos y robos eran castigados fuertemente. Según recuerdan los lugareños, a los que “agarraban haciendo cosas indebidas” jamás se los volvía a ver.

“Ahora eso hay pandillas y los muchachos se ponen es a robar, a meter droga y la Policía no hace nada”, añade Ronald.

Para Dorian Peralta, la zona de despeje significó un arma de



Esta es una de las sedes en donde la guerrilla estableció sus “oficinas” para cobrar multas a los habitantes durante el “despeje”.

doble filo para San Vicente y para la nación. “Para mí, primó inicialmente el deseo de poder del presidente, que en aquella época era candidato (Andrés Pastrana) (...) Entonces el interés era el poder por encima de lo que fuera y los compromisos que se hicieron en aquel tiempo no eran para el beneficio del pueblo colombiano”.

Han pasado tres días desde mi llegada al pueblo. Son las diez de la noche y los únicos sonidos que produce esta población provienen de los televisores de aquellos que aún permanecen despiertos y de los helicópteros Black Hawk que sobrevuelan las zonas rurales. Esporádicamente se oyen disparos y explosiones lejanas.

Amanece en San Vicente con una tranquilidad impasible. Parece como si la única persona que se hubiese desvelado por los ruidos de las metralletas y las explosiones hubiese sido yo. A las ocho de la mañana el calor aún no se manifiesta con toda su fuerza.

“¿Sí oyó los bombardeos de anoche niña? Eso es porque el Ejército está “respirándole en la nuca” al campamento de ese tal ‘Mono’, claro que siempre dicen lo mismo y nada que los agarran. Pero no se preocupe que no pasa nada”, me comenta William, uno de los huéspedes que pasa la noche en la pensión para transportadores llamada Sachena. William lleva más de 13 años manejando un camión que transporta ganado y, como él dice, “recuerda como si fuera ayer” la época de la ‘zona de despeje’.

Mientras hacemos fila para utilizar los dos baños compartidos que posee la pensión, dice: “Mire, no fue sino que el presidente dijera ‘allá es la zona’, para que empezarán a llegar periodistas y curiosos de todas partes del mundo. Esto parecía un circo y con esa cantidad de gente que llegó pues imagínese, todo se puso carísimo porque lo que tenían que comprar, tenían que comprarlo aquí o ¿dónde más? Además, los periodistas traían mucha plata, el perjudicado era uno porque hasta a la gaseosa le subieron. Esto parecía como pueblo estrato 6 y pa’ sumarle, la guerrilla también se traía costales repletos de billetes para lavar aquí. Yo, que soy de Florencia y trabajo con ganado, jamás había visto tanta plata junta”.

¡Lleve su ‘corrientazo’ a 20.000!

Después de tomar un baño con agua tibia (no porque hubiera calentador, sino porque el calor es tan intenso que las tuberías y los tanques de agua llegan a temperaturas cercanas a los 36 grados centígrados), continuamos la conversación anterior, esta vez acompañados del hippie del pueblo, un hombre delgado, de 51 años, llamado Óscar Puerta, oriundo de Medellín.

Entre los dos debaten sobre la economía de la región durante el despeje y las consecuencias que este dejó.

“Pues a mí me fue muy bien en esa época, yo vendía camisetas del Che y manillas que los guerrilleros compraban mucho. Ah, y los que venían de visita también se querían llevar algún recuerdito de por aquí”, anota Óscar en su acento marcadamente paisa.

“Sí, se movía mucha plata, pero eso no fue bueno porque cuando todo se acabó aquí quedaron en la olla”, le responde William mientras enciende un cigarrillo Mustang.

El humo del cigarrillo es casi imperceptible por la densidad del aire caliente, pero el olor es mucho más fuerte que en otras temperaturas.

La bonanza económica que se vivió durante los tres años y medio que duró el despeje benefició a pequeños empresarios, pero terminó por crear una burbuja económica que finalmente estalló. Un ‘corrientazo’ en cualquiera de los restaurantes del pueblo hoy en día tiene un costo de no menos de 10.000 pesos y un desayuno básico no baja de los 5000 pesos, precios similares a los que se encuentran en una ciudad como Bogotá.

“Sí, se movía mucha plata, pero eso no fue bueno porque cuando todo se acabó aquí quedaron en la olla”, le responde William mientras enciende un cigarrillo Mustang.

Durante el despeje, el pueblo vio cómo su economía creció repentinamente. La guerrilla llegaba con grandes camiones que llenaban con cientos de cosas que compraban en los tres grandes supermercados del pueblo. Suministros destinados a abastecer a las tropas que aún se encontraban en las zonas rurales.

“Mire, eso sacaban arroz como un verraco. Un día aquí en el restaurante (El rancho de Jholyn) no sirvieron arroz con el almuerzo porque es que no había y eso que costaba como 20.000 pesos el ‘corrientazo’, pero es que ellos (las Farc) se llevaban todo para el campo. Porque en la selva tienen mucho billete pero eso no se come”, recuerda William.

La inyección de capital no solo provino de las compras. A la región se transportaron secuestrados, armas y vehículos que habían sido robados por medio de las recordadas “pescas milagrosas”, que para entonces se realizaban con frecuencia por todo el país.

Uno de los guerrilleros más reconocidos por esta práctica fue alias ‘Romaña’, quien en 1998 practicó secuestros masivos en la vía Bogotá-Villavicencio, donde según reportó el diario El Tiempo en esa época cerca de 90 personas fueron privadas de la libertad, entre políticos y civiles.

“En los diálogos uno veía a celebridades como Marbelle, quien fue llevada por el Gobierno, y a guerrilleros de alto rango, como ‘Romaña’, por ahí, andando tranquilamente por la calle. Eso

sí, los guerrilleros traían todo lo que se robaban del país, aquí llegaban unas camionetas que no usted no se imagina. Carros finísimos, motos grandes, mejor dicho, de todo, y uno sabía que eso era robado pero ellos eran los que mandaban y frente a eso ¿qué hacer? Aunque yo me acuerdo una vez que llegó un fax a la Alcaldía con unas placas de carros robados y Ómar (exalcalde), arrebatado como siempre, se fue a ver si los carros eran los mismos y mire que sí. Con el fax en la mano se puso a pelear con uno de los guerrilleros y dijo que esos carros eran robados y tenían que devolverlos. Yo pensé que lo iban a matar, pero mire que el guerrillero al mando se rió y devolvió las cinco camionetas”,

comenta Olivia, quien recalca las noches en vela que pasó por miedo a que mataran a su marido. “Ese Ómar sí que me sacó canas”, ríe y se señala el pelo.

Pero la bonanza económica no duró mucho. Los continuos atentados que realizó la guerrilla durante el tiempo que duró la ‘zona de despeje’ llevaron al final de los diálogos y con esto, el flujo de dinero que ingresaba al Caguán se terminó.

En el último mes antes del quiebre definitivo de las negociaciones, las Farc pusieron cuatro carros bomba en el país, volaron 33 torres de energía y asesinaron a 20 civiles, según



El puente colgante de San Vicente del Caguán fue utilizado por la guerrilla como una de las rutas para el transporte de mercancías.

reza en el discurso del entonces presidente Andrés Pastrana. Pero el episodio determinante para que el Gobierno tomara la decisión unilateral del fin de la ‘zona de distensión’ sobrevino el 20 de febrero de 2002 cuando la guerrilla secuestró un avión de la aerolínea Aires procedente de Neiva y forzó a los pilotos a aterrizar en medio de una carretera, en el Huila. Los guerrilleros liberaron a casi todos los pasajeros, pero mantuvieron cautivo al entonces senador Jorge Eduardo Géchem Turbay.

“La peor noche de mi vida”

El 21 de febrero de 2002 a las 9:19 de la noche, por medio de una alocución televisiva, Pastrana Arango anunció el fin

de los diálogos con las Farc. “Decretamos una zona para sostener unas negociaciones, cumplimos con despejarla de la presencia de las Fuerzas Armadas, y usted (Manuel Marulanda Vélez) la ha convertido en una guarida de secuestradores, en un laboratorio de drogas ilícitas, en un depósito de armas, dinamita y carros robados. (...) Por una parte, secuestraron un avión comercial en pleno vuelo –un delito internacional catalogado como terrorismo– y retienen en este momento al senador Jorge Eduardo Géchem Turbay. (...) He decidido poner fin a la zona de distensión a partir de la medianoche de hoy”. Esas fueron las palabras que los habitantes de San Vicente escucharon pronunciar casi con el tono lúgubre que da la certeza de una sentencia de muerte.

“Cuando supimos del fin de las negociaciones todo se volvió un caos. Los periodistas que quedaban empacaron y se fueron, la mayoría de la gente cerró los negocios, los guerrilleros que quedaban por el parque principal salieron literalmente corriendo y en ese momento todos supimos lo que se venía”, recuerda Olivia con una expresión imperturbable que no deja entrever tristeza alguna. Bebe un sorbo de cerveza y continúa.

“Por la noche todos apagamos las luces y nos quedamos encerrados en las casas. Yo estaba acurrucada al lado de la ventana que da a la calle, tratando de ver si pasaba algo, cuando oí a un señor pidiendo ayuda. Gritaba ‘por favor, no me maten, por favor’, mientras dos guerrilleros lo llevaban arrastrado... después todo fue silencio, se oyeron



“Si el río Caguán pudiera hablar seguramente contaría la manera en que esa noche cadáveres, carros, motocicletas, droga y dinero terminaron arrastrados por la corriente de sus aguas.”

disparos y después la noche estaba tan callada que se alcanzó a escuchar cómo caía el muerto al río”.

Esa noche también fue asesinado el director de la Policía Cívica, que antes de la zona de distensión ejercía como jefe de bomberos. En el pueblo se narra casi como si fuera una leyenda urbana la manera como a Raúl Antonio Valencia le “tocó” aceptar el cargo para coordinar la Policía Cívica.

Urdubey Tejada, quien fue colega suyo en la Policía Cívica, recuerda el hecho con notoria nostalgia: “Él no quería ese puesto, porque era tratar con la guerrilla todo el tiempo y eso pues es peligroso. Pero al final aceptó, por cuidar el ‘puestico’ como jefe de los bomberos, que en últimas es una de las ‘autoridades’ más respetadas por los ciudadanos. Él

coordinaba desde un bazar hasta un rescate. Pero le fue mal porque aceptó y apenas se acabaron los diálogos, ¡pum!, su balazo”.

Si el río Caguán pudiera hablar seguramente contaría la manera en que esa noche cadáveres, carros, motocicletas, droga y dinero terminaron arrastrados por la corriente de sus aguas.

Esa noche la vivienda de Olivia sufrió un atentado. Una granada fue lanzada contra la entrada de la pensión que ella y su madre administran.

“Todo era un caos, nadie sabía qué hacer. El Gobierno nos dejó solos. Hasta me acuerdo de ver a las guerrilleras corriendo en brasier con los niños cargados. Ha sido una de las noches más duras de mi vida, menos mal que Ronald y mis otros hijos se habían ido de aquí ya hacía un tiempo con

Ómar. Uno no quiere imaginarse esas cosas pero seguramente los habrían matado”, dice con certeza y señala las grietas que dejó el siniestro en la pared y en el techo de su casa.

La mañana siguiente sobrevino con el mismo silencio sepulcral que se vivió en la noche, pero los desaparecidos, los carros que incendió la guerrilla y los estragos en algunas viviendas dieron cuenta de la realidad.

Es sábado y mi penúltimo día en la zona. Desde el mediodía los jóvenes van buscando silla en alguna de las cuatro discotecas del costado oriental del parque central. En las horas de la tarde ya están abarrotadas de hombres y mujeres que esperan divertirse al son de vallenato, reggaetón y merengue mientras toman aguardiente helado acompañado de frutas de la zona.



Los habitantes de San Vicente del Caguán consideran ofensivas las campañas de las Fuerzas Militares en las que invitan públicamente a que los guerrilleros se desmovilicen.

“¿Quiere ver huellas de la guerra? Mírelas. No hay una sola banca en este parque o un solo árbol que no estén llenos de huecos y eso que las sillas son de cemento. Todo está marcado por balas y esquirlas”.

Desde las seis de la tarde Ronald, su novia Dolly y tres de sus amigos se encuentran tomando cerveza y aguardiente en un bar mientras hacen chistes por mi reticencia a tomar el aguardiente de la zona.

Ya de noche, repentinamente la música y las luces se apagan. Todo queda oscuro y en silencio. Por el balcón de una de las discotecas se ve a los policías que protegen la Alcaldía alistar los fusiles y atrincherarse detrás de los sacos verdes de arena.

“Tranquila, no pasa nada. Aquí se va la luz muy seguido... no es como que la guerrilla se vaya a meter otra vez al pueblo”, dice con voz burlona Ronald García. Su novia Dolly, de 23 años, ríe, toma un sorbo de aguardiente Extra del Caquetá y sin hacer ningún gesto replica: “Podría pasar. Aquí uno nunca sabe y lo peor de todo es que la gente así del común es la que lleva del bulto”.

Vuelve la luz, la canción de reggaetón continua en la misma estrofa, un hombre en la pista se percata y le saca la mano del *jean* a su pareja y todos continúan bailando y tomando.

A la medianoche los meseros empiezan a recoger las mesas y los asientos, despiertan a los borrachos y todos salen en grupos para sus casas. Un hombre de unos 25 años se sube en una moto y arranca, al dar la vuelta al

parque pierde el control y se cae. Aunque no lleva casco no sufre heridas mayores, se para solo y continúa su camino mientras que los observadores lo despiden con chiflidos.

En la noche el calor disminuye, pero la humedad no. Pareciera como si se quedara atrapada entre los poros de la piel y no permitiera que esta respirara, el sudor es una constante a cualquier hora del día o la noche.

Al cruzar el parque principal, ‘el Pollo’, amigo de Ronald, comenta después de no haber dicho una sola palabra en toda la noche: “¿Quiere ver huellas de la guerra? Mírelas. No hay una sola banca en este parque o un solo árbol que no estén llenos de huecos y eso que las sillas son de cemento. Todo está marcado por balas y esquirlas”. Ronald lo mira con recelo y ‘el Pollo’ deja de hablar.

El resto del camino es en silencio. Se acaba la noche y todos se van a dormir.

Seis de la mañana en mi último día de trabajo en el Caguán. El padre Luis Alfonso Molina Duque hace sonar las campanas de la iglesia, que resuenan por todo el pueblo. Dos perros pelean en el parque central sin que nadie interfiera.

Es domingo y como es común en varios pueblos de “tierra

caliente” la actividad no inicia en forma antes de las once de la mañana. Pocos establecimientos circundantes al parque central abren sus puertas. En medio de este se alza un inflable del Ejército que invita a los guerrilleros a desmovilizarse, junto a una tarima improvisada en donde se oye música. Los uniformados entregan bombas a los niños con el mismo logo del inflable, un corazón con una bandera de la paz.

“¡Es indignante esto! Creen que todos aquí somos guerrilleros, que deberíamos desmovilizarnos. Eso no pasa en Bogotá. Allá no ponen algo así en la Plaza de Bolívar, porque según ellos los sanvicentunos somos terroristas disfrazados de civiles”, dice alterado Ronald García, mientras nos dirigimos en moto al río Caguán, sitio predilecto de diversión en donde nadan, pescan, navegan en canoas artesanales y se lanzan en neumáticos.

El río es ancho pero no muy caudaloso, al menos no en la curva en la que se reúnen decenas de familias a compartir. Allí no está prohibido el “paseo de olla”, en el que las mujeres llevan cacerolas y cocinan a las orillas en hogueras improvisadas, mientras sus esposos toman cerveza sentados en las canastas plásticas donde las llevaron. Los niños saltan tranquilos en el agua que años atrás vio correr sangre.



Nadie usa vestido de baño, se sumergen usando ropas ligeras y pantalonetas.

Río arriba se encuentra el puente colgante de San Vicente, una estructura de acero y tablas de madera que aunque no parece estable ha sobrellevado el paso del tiempo. Este fue el primer puente que se construyó con el fin de facilitar la comunicación y mejorar el comercio de la zona, ya que conecta el pueblo con veredas aledañas como Puerto Rico. Años después se construyó un puente de cemento que permite el tráfico de automóviles y camiones, y que ha sido blanco de múltiples ataques de la guerrilla. El último fue registrado más de un año después de mi visita, el 20 de julio de 2012, cuando las Farc lo dinamitaron y dejaron incomunicado el municipio por vía terrestre.

“Yo vivo aquí, en una casita a orillas del río con mi mamá, mis hijos y mi hermano, que ya se murió... o bueno, lo mataron”, comenta Rubelia Aros, una mujer de 54 años de edad que entre lágrimas cuenta cómo vio morir a su hermano a manos de la guerrilla. “Mi hermano estaba orinando un día en un árbol a la orilla del río y vio unos cables cerca del puente, entonces él que era todo correcto (de hecho le decían ‘Bolívar’ en el pueblo) fue corriendo a decirle al Ejército que eso estaba ahí y que parecía que era una bomba y los militares desactivaron un montón de cargas explosivas”. Rubelia revuelve la olla con fuerza para que el sancocho de gallina no se le pegue y continúa mientras entrecierra

los ojos para evitar que el humo de la leña le entre a los ojos.

“El problema fue que la guerrilla se enteró de que él fue el que ‘sapió’ y como cuatro días después, en horas de la tarde, llegaron tres guerrilleros a la casa y le dispararon a ‘Bolívar’... ahí, al frente mío y de mi mamá, mientras estaba sentado en el sofá”, recuerda Rubelia mientras se le llenan los ojos de lágrimas. Esta mujer, quien a pesar de ser curtida en la guerra y la violencia, aún siente vivo el recuerdo de la muerte de su hermano.

Pero las huellas de la violencia vivida antes, durante y después del “despeje” van más allá del recuerdo doloroso de la muerte de seres queridos. Según comenta Ronald, los sanvicentunos viven a diario una discriminación en el resto del país por ser de esa región.

Años antes de que San Vicente del Caguán hiciera parte de la ‘zona de distensión’, Colombia solo reconocía esas tierras como un lugar alejado de las grandes urbes, pero después de fracasados los diálogos, varios de los habitantes sienten que en las ciudades son tildados de guerrilleros solo por el hecho de haber nacido ahí.

“No es sino que le miren a uno la cédula y que diga que fue expedida en San Vicente del Caguán para que de una lo miren a uno mal y le nieguen cualquier empleo. Por eso los chinos ahora se van a Florencia a sacarla. El país nos ve a nosotros como Estados Unidos ve a Colombia, como una partida de guerrilleros y narcotraficantes,

terroristas”, afirma Ronald García mientras se pone el casco y se sube a la moto para regresar al parque central del pueblo.

Ya son más de las siete de la noche. A la mañana siguiente sale el vuelo de Satena que me devuelve a Bogotá. Entro a la casa cural y a pesar de haber programado una cita me hacen esperar cerca de 20 minutos, mientras el padre Luis Alfonso Molina Duque me atiende. Ha sido el personaje más esquivo para entrevistar.

Me hace seguir hasta un patio trasero en donde hay un quiosco. “Compañera, siéntese”, me dice el padre con un semblante muy serio. Me cuenta de la labor de la Iglesia en los diálogos de paz, de su trabajo conjunto con el vicariato para mediar con los “compañeros” de la guerrilla de las Farc (como él los llama), de la discriminación que siente de parte del Estado y su preocupación por el futuro de la juventud sanvicentuna. Suena muy parecido a un político curtido en el arte de dar entrevistas.

Tras una hora de conversaciones el padre mira el reloj, hace un gesto de cansancio y pregunta: “¿Qué más quiere saber?”, le pregunto qué piensa de la ‘zona de distensión’ en el Caguán y responde: “El despeje fue como una fiesta que hicieron en nuestra casa, no nos pidieron permiso para hacerla... pero nos dejaron todo el desorden para que lo limpiáramos”. ■



Este trabajo de grado no hubiera sido posible sin el apoyo de mis padres, hermana y abuela, la guía de José Navia y la colaboración de la familia García en San Vicente del Caguán.



UNIVERSIDAD DEL ROSARIO

Bogotá, Colombia.

2012

